

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

EN HONOR DE NAKENS

Triste labor ir sumando negaciones y negaciones, enamorados de la *Nada*, nuestro único ideal...

Toda idea, vieja ó nueva, de arte ó de política, es rechazada sistemáticamente con un «no» categórico é indiscutible. ¡No hay nada de nada!

Y faltos de fe, sin ilusiones, desesperanzados, aburridos, incapaces del amor y del odio, nos hemos sentado, como el árabe, en nuestra puerta, esperando los acontecimientos...

Pues bien, no; es preciso luchar.

Aceptarlo todo, someterse á todo, es de imbéciles y de cobardes. La vida es movimiento, es actividad, es un combatir constante, de todos los momentos, de todas las horas, es una guerra sin descanso... ¡Bien hallan los vencidos y los vencedores, los valientes que pelean, los que miden sus armas por el bien ó por el mal, los que no esperan indiferentes, sentados á la puerta de su casa, el paso de los acontecimientos!

Negamos que haya «hombres». Pocos hay, en verdad, pero aún nos quedan algunos. Citemos á uno solo: Nakens.

Él ha luchado heroicamente por todos en esta época de horrible indiferentismo y de duda. Véase ese gran libro, *El Motín*, que ha debido ser *La Enciclopedia* del pueblo español.

Y toda la hermosa labor de Nakens ha resultado inútil, porque le hemos dejado solo en el combate, sin unirnos á él para ayudarlo, peleando á su lado... *El Motín* pudo ser *La Revolución*. Y ahora...

Honremos á nuestros hombres. Es un deber de todos los que amamos la libertad y el progreso demostrar á Nakens que no está solo, que puede contar con muchas voluntades dispuestas á ayudarlo en su obra de regeneración.

Hemos comido el pan y hemos bebido el vino en toda clase de banquetes dedicados á la exaltación de tal ó cual individuo nombrado concejal ó diputado.

¿Por qué no hemos de celebrar una fiesta de esas en honor de Nakens, en la que le demostramos que somos muchos los que le rendimos acatamiento y admiración?

El Circulo Republicano de Madrid ha organizado un *meeting* para conmemorar el glorioso aniversario de la Revolución de Septiembre. Muchos republicanos de provincias asistirán al acto. Aprovechemos la estancia en Madrid de esos correligionarios para reunirnos con ellos el día 30, y celebrar una fiesta en honor del director de *El Motín*.

Yo, el último de todos, propongo esta idea á mis correligionarios. Hay que contar, desde luego, con que Nakens se opondrá á la celebración del banquete. Pero no importa. Ya le convenceremos. Y partirá su pan con nosotros de grado ó por fuerza. ¡Estoy decidido hasta á reclamar el auxilio de la guardia civil si se niega á acompañarnos!

En la redacción de DON QUIJOTE se recibirán las adhesiones al banquete hasta el día 29 del actual.

MIGUEL SAWA

EL CONGRESO CATÓLICO DE BURGOS

En Burgos se ha celebrado un Congreso católico. A él han concurrido numerosos prelados y aun el nuncio del Papa. No por esto ha reinado allí la mayor calma ni la mayor prudencia. Extrañando muchos, y no con motivo. Sucedió lo mismo en anteriores Congresos, principalmente en el de Zaragoza. ¿No son acaso españoles nuestros obispos? Natural es que participen de los defectos de la raza; natural es que oigan, antes que los consejos de la razón, la voz de sus pasiones.

Desde que falleció Fernando VII no ha tenido jamás la Iglesia el predominio de ahora. No está, sin embargo, satisfecha. En lugar de agradecerse á los liberales y á los conservadores, que todo se lo van cediendo, les escupen al rostro, diciéndoles que son peores que los racionalistas y los protestantes, ya que visitan por la mañana á Cristo y por la noche al diablo.

Ved, conservadores y liberales, el fruto de vuestras punibles complacencias. Os consideran los fariseos de la época esos prelados á quienes todavía besáis el anillo y os inclináis reverentemente. No exceptúan ni al general Polavieja, tan católico, que, imitando á Ignacio de Loyola, depuso á los pies de la Virgen del Pilar su reluciente espada.

¡Si no fuera más que esto! Esos apacibles prelados han aplaudido á rabiar el discurso de Brañas, que respira por todas sus letras odio á las vigentes instituciones, abomina de la libertad de conciencia, califica de herejes lo más dañinos á los parlamentarios, aconseja á los católicos que no reconozcan la legalidad, y entre las pastorales de los arzobispos de Sevilla y de Toledo, opta por la de Sevilla, á pesar de la decisión del Papa.

Es, á no dudarlo, el carlismo el que ha hecho allí palpar los corazones: importa poco que el Congreso termine por un mensaje á la Regente.

Por ahí terminó el de Zaragoza, y ya viose los resultados. Como el de Zaragoza es el de Burgos; ambiguo, capcioso, con muchas condiciones y no pocas reticencias. Recibió Cánovas desdenosamente el de Zaragoza; ¡han de atreverse á otro tanto con el de Burgos católicos tan á macha martillo como los dos jefes del actual Ministerio?

Y bien, ¿resulta claro el divorcio entre la Iglesia y el vigente régimen? Seguid, liberales y conservadores, criando vboras; de su ponzoña moriréis como no vengan otros hombres á salvaros. No pretendemos, no, que lleguéis á donde llegaríamos nosotros; no son para ministros preocupados y cobardes tan radicales reformas. Sabed siquiera tener á raya la Iglesia relegándola á sus naturales funciones. Esos obispos y arzobispos cobran del Tesoro y son vuestros subordinados: no debéis consentir que conviertan sus báculos en lanzas, y en vez de mover á la paz muevan los pueblos á la guerra.

La Iglesia, no lo olvidéis, sólo es fuerte con los débiles. Sedlo vosotros con ella, y la veréis postrada y humilde. Si mañana viniésemos los republicanos, ¿dejaría de acudir temerosa á bendecir los árboles de la libertad? Vería en peligro los pingües sueldos de sus obispos y sus arzobispos, y obraría al doble impulso de su instinto de conservación y su codicia. Grita ahora y se atreve á todo, y provoca las iras de cuantos abrigamos el sentimiento de nuestra propia dignidad, porque os ve pusilánimes. ¿Cuándo suplirá el pueblo vuestra falta de energía?

F. PI Y MARGALL.

QUISICOSAS

—Las viudas que del Erario cobran y casarse quieren y no llegan á casarse porque la viudedad pierden, mas, de noche, con un primo van al café muchas veces,

PARODIA
DE "EL REY QUE RABIÓ"

Afirman Sanz y Mella,
Cerralbo y Sangarrén
que las huestes carlistas
se encuentran al caer,
que *Emprestitus qui fecit
Carolus in Londón*,
es cierto, aunque lo niegue
el de Gobernación.
Lo del Manifiesto,
los alijos de armas,
los curas en Bolsa,
el que haga Cerralbo
de todo subasta...

...
Todos estos síntomas
signos son de carcas;
pero al mismo tiempo
signos son más bien,
de que andan figurando
lo que no es.

Y de esta opinión
nadie nos sacará;
podrán venir los carcas,
pero no vendrán.

¿no son dignas de censura?
¿Tú que dices?

—¡Me parecé!

—Los que bautizan el vino;
los que adulteran la leche;
los que roban en el peso;
los que dan gato por liebre
y los que, á costa del prójimo,
en España se enriquecen,
¿no son dignos de un castigo?
¿Tú qué dices?

—¡Me parecé!

—Los que estamos deseando
que España se regenere,
á fin de que España sea
pronto una balsa de aceite,
y que el comercio, la industria,
la ciencia y artes prosperen,
¿nos llevaremos camelo?
¿Tú qué dices?

—¡Me parecé!

—Y los pobres repatriados,
esos infelices seres
que han luchado en la manigua
y hoy para comer no tienen,
porque dicen que no cobran
los alcances que les deben,
¿hablarán mal del Gobierno?
¿Tú qué dices?

—¡Me parecé!

VICENTE RUIRO.

DREYFUS

La obra de iniquidad se ha consumado. El gran minotauro Mercier puede estar satisfecho, y con él todo el Estado Mayor francés.

Dreyfus ha sido condenado.

No queremos comentar, por amor á Francia, la inicua sentencia de Rennes.

Zola lo ha dicho:

«Hemos caído en el desprecio de los extranjeros, quienes vendrán á nuestra casa de juerga, á beber nuestros vinos y besar nuestras mozas, como se va al mesón sospechoso donde se tolera el encanallamiento.»

¡Qué gran pena ese suicidio de la hermosa Francia!

LUIS DEL BARCO⁽¹⁾

Ó LO QUE PUEDE LA CARIDAD

CUANDO SE ARRAIGA EN UN PECHO

¿Ustedes no conocen á Luis del Barco? Pues es un devoto como todos los devotos españoles, es decir, el conjunto de todos los vicios sin mezcla de virtud alguna.

Fué muy penosa la mocedad de nuestro don Luis, pues su madre era una pobre mujer tan llena de orgullo, devociones y parientes nobles, como falta de dinero y de sentido común.

Así es que nuestro héroe, guapo hasta la exageración, fino hasta... ¡Jesús, pero qué fino era Luisito!, se veía y se deseaba para comprarse los perfumes, para poder salir de frac y corbata blanca todas las noches, y presentarse así en alguna tertulia aristocrática, y para ejercer la caridad, porque antes se hubiera él pasado la vida sin comer que sin ejercer la caridad. ¡Que corazón tan caritativo el de Luis!

Los soldados, esos pobres hijos del pueblo arrancados del regazo de sus madres para entrar en el duro

(1) Del folleto *Los santos del día*.

DON QUIJOTE



¡Apunten! ¡Fuego!



Camino de Madrid.



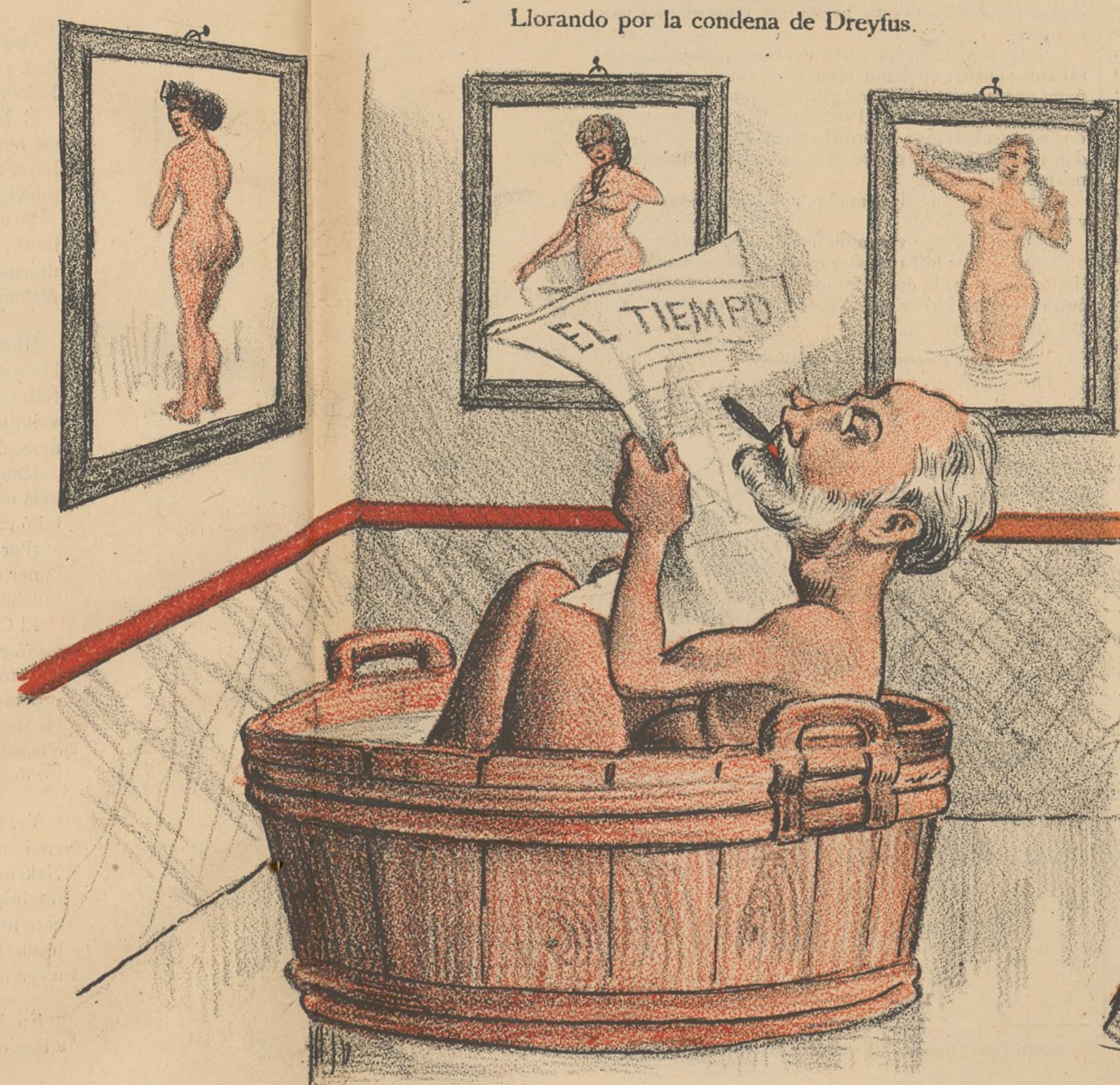
Llorando por la condena de Dreyfus.



Humildad evangélica.



La cogida de Villaverde.



¡Aquí me las den todas!



¡Insensato, despierta!

ejercicio de la milicia: he aquí lo que llenaba de compasión al aristócrata sin dinero. Pero como más hace el que *quiere* que el que *puede*, Luis se privaba de un frasco de opoponax, cercenaba sus gastos de tocador y, a costa de toda clase de sacrificios, era una verdadera Providencia, una amorosa madre para los soldados. Con lágrimas de ternura en los ojos, con lágrimas de ternura le vimos mil veces todos sus conocidos, acompañando por la montaña del Príncipe Pío, Cuesta de la Vega y por el Retiro, ora al gastador de Ingenieros, ora al sargento de Caballería, ya al humilde asistente, ya al corneta barbilampino. El los enseñaba a escribir, los inducía a la práctica de todas las virtudes, les aconsejaba que frecuentasen los Santos Sacramentos, y aún los cuidaba en sus enfermedades, yendo *amorosamente* para esto al Hospital Militar.

Es cierto que, como de desgraciados está el mundo lleno, frecuentemente sucedió que los más cariñosamente asistidos, los con más larga mano favorecidos, se volvieran contra su bienhechor, llegando a darle caza por las calles de Madrid con siniestros fines, y—¡aún espanto causa el referirlo!—sentándole las costuras muy pesadamente.

En el pecado llevaban la penitencia. Luis abandonó la milicia, y dejó desbordar su caridad en la humilde clase de los barrenderos.

Santa Isabel lavando a los leprosos, San Juan de Dios o D. Miguel de Mañara conduciendo en sus mismos brazos los enfermos al Hospital, no manifestaron la ternura, el afecto verdaderamente de Hermana de la Caridad que nuestro Luis mostró a los pobres barrenderos. Fué tanto, que las lenguas mundanas, que todo lo perdonan menos el ejercicio de las virtudes, se cebaron en la vida inmaculada de Luis, y tanto se movieron y tan buena maña se dieron, que el apóstol de los barrenderos, viendo que hasta el saludo le negaban las gentes, tuvo que dejar, por lo menos a la faz del mundo, los padosos ejercicios y cariñosos cuidados a que venía dedicándose entre las clases más menesterosas de la corte de España. Contentóse, por entonces, con la puntual asistencia a funciones religiosas, comuniones extáticas, humildísimas confesiones y otros actos de la más acendrada piedad, sin que esto impidiera su asistencia a las tertulias y reuniones, donde sus ojos rasgados, su cutis transparente, su rosado color, sus blancas manos y su dulcísimo decir pudieran inflamar el corazón de alguna rica heredera que asegurara el porvenir de quien tan dudoso y tan comprometido le veía.

No fué uno sólo el corazón femenino que de tantos hechizos se prendara. Hubo relaciones de las que se llaman formales, pues otras de ninguna manera las hubiera admitido persona tan recatada como nuestro Luis; pero nadie sabe lo que allí pasaba, que al llegar al punto de la boda la novia rompía violentamente las relaciones, y sin tristeza alguna, antes con la alegría de quien acaba de escapar de un peligro, dejaba hasta de hablar de semejante proyecto de matrimonio.

Dibújese, en esto, en lontananza la figura de una verdadera estrella de primera magnitud en el cielo del dinero; un verdadero saco de millones con faldas y corsé. «O me caso con ésta, se dijo Luis, o me meto fraile.» Hubo sustos de muerte. Que si se enterara la familia de ella, que si no se enterara; que han escrito un anónimo a mi futuro suegro; que me sigue uno de los ingratos a quienes hice favores; que mi mismo padre amenaza con hablar... ¡Qué angustias, Dios mío, qué angustias!

La boda se efectuó, y nuestro Luis del Barco se erigió en uno de nuestros más clásicos y más conspicuos conservadores. Tiene muchísimo dinero; no da nada a nadie, porque piensa, y acaso piense bien, que en el momento en que haga limosnas ó remedie necesidades de los demás, deja de ser verdadero conservador, por lo menos de su dinero.

Para concluir, diremos que nuestro conservador sigue teniendo el cutis transparente y blanquísimas las manos, y que le sirve en clase de ayuda de cámara uno de sus antiguos protegidos en la benemérita y necesaria clase de los barrenderos.

GIL BLAS DE SANTILLANA.

DUELO NACIONAL

«El alma nacional»—si a nosotros nos ha quedado alma—hallase acongojada con motivo de la cogida de ese pobre Reverte.

¿Le cortarán la pierna?

¿No se la cortarán?

¿Aumenta la circulación colateral?

¿No aumenta?

¿Y qué me dice usted de la femoral?

No hay otro asunto que preocupe la atención pública más que ese de la pata gangrenada de Reverte.

¡Dios mío, que no se la corten!

¿Qué iba a ser entonces de nosotros?

LA OBRA DE UN ANARQUISTA

LA BOMBA EN EL PALACIO

—Hola, Gil.

—Adiós, Blas. ¿De dónde vienes?

—¿No lo vas a soplar?

—¿Qué cosas tienes!

—Yo quiero que lo ignore mi Venencia;

porque *aunque* me pide la ganancia

y no me queda *pa* pagar la cuota

del *Círculo anarquista* ni una mota.

—Comprendo.

—Pus verás. Esta mañana

me llegué a la taberna de la Rita

y allí me comí un huevo.

—Valor se *necesita*!

—Y después me marché al palacio nuevo

que tiene la condesa de la Rana

en *mitá* de la Fuente Castellana,

llevando, en compañía del Gazapo,

una bomba cubierta con un trapo.

Llego al sitio. La puerta estaba abierta

y me enelo enseguida por la puerta.

Arrimado al Gazapo, que es muy listo,

me interno en el jardín, y poco a poco,

armado de la bomba y sin ser visto,

en el sitio oportuno la coloco.

¡Qué de angustias pasé! ¡Cuántas rabietas!

Ya sabes que no sirvo para el caso;

mas no me achico si me sale al paso

la ocasión de ganarme unas pesetas.

—Pero ¿no te prendieron los criados?

—¿A mí? ¡Qué! Los chavales,

cundo salí de allí, ¿sabes qué hicieron?

Pues ponerme en la mano treinta reales.

—¿Y ha estallado la bomba?

—¡Buena es esa!

¡A tí se te ha subido el aguardiente!

¡Si la bomba que he puesto mayormente

es una bomba inglesa

aspirante-impelente,

que arreglé yo en la fragua

para sacarle a la condesa el agua!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EL SUICIDIO DE RODRÍGUEZ

A todos sorprendió la noticia. Nadie se explicaba los motivos que llevaron a Rodríguez al suicidio, y sólo en la locura pudiera hallar justificación aquella desgracia, al decir de los amigos de la víctima.

Se le veía siempre contento, feliz, rebotando alegría, querido de todos, idolatrado de su familia... ¿Cómo suponer que un hombre así fuera capaz de matarse?... ¿Qué historia había en su vida que le impulsara a tomar tan *fatal determinación*?... «No se culpe a nadie de mi muerte», decía la carta del suicida dirigida al juez; pero como esto es clásico en el fúnebre epistolario y no pasa de fórmula, ¿a quién podía culparse del suicidio?

La familia de Rodríguez tampoco sabía la causa, y estaba tan enterada como los amigos. Al fin se supo. Y era tan insignificante, al parecer, que todo el mundo calificó de tonto al hombre que no quiso poner los medios para evitar la catástrofe.

«Era exacto este juicio póstumo? ¿Era justo? ¡No!

Don José Rodríguez desempeñaba un cargo relativamente importante en una Sociedad de seguros; mas, por un sarcasmo de la suerte, él, que aseguraba la vida de los demás, no tenía la suya muy segura. Que no puede llamarse vivir a trabajar como un burro para sostener a la familia, haciendo equilibrios mensuales que igualaran los gastos con los ingresos.

«Son bastantes 50 duros al mes para mantener a cinco personas, y la casa *seis*, como decía juiciosamente doña Manuela. Doña Manuela era la esposa de Rodríguez. Le quería con delirio, y apreciaba el sacrificio de aquel hombre honrado, al que únicamente se permitía hacer ligeras observaciones económicas respecto al porvenir de sus hijas, Paca y Antonia. Paca, la mayor, estaba en la edad de las naturales coqueterías; pero sus diez y ocho años no eran muy exigentes: contentábanse con un trajecito cada dos años para la estación correspondiente, y un sombrero anual, susceptible de todas las modificaciones y capaz de todas las reformas. Antonia no sabía nada de estas cosas *todavía*, porque a los siete años las niñas, por muy precoces que sean, guardan todas sus preocupaciones para las muñecas; pero tampoco la faltaba su ropita decorosamente apañada, gracias a los cuidados de doña Manuela, para quien, lo mismo que para Rodríguez, no había más mundo que sus hijas.

Pero ¡ya se ve!, a pesar de todas las economías, que llegaban al colmo cuando se trataba de reponer el exhausto vestuario del matrimonio, sólo se podía *ir tirando*, viviendo con cierto decoro, pero con estrechez, llevando un *ten con ten* que se rompería al más pequeño contratiempo.

Esto, que se temía tanto, llegó por fin. Antonia cayó enferma, y entre las medicinas y el médico se fueron llevando todo cuanto había disponible, sin respetar siquiera dos ó tres alhajas heredadas, que en el fondo de la cómoda recordaban los buenos tiempos de los antecesores de la familia y que fueron a parar al Monte con un sentido prólogo de lágrimas y suspiros.

Agotado todo, ¿qué hacer? Era necesario más dinero, y por lo tanto, era preciso buscarlo. Rodríguez no se atrevía a pedirselo a los amigos, ni podía echarse en brazos de la usura, que no encuentra garantía en los destinos particulares, ni solicitarlo en la oficina, donde no se entendía de anticipos. ¿Qué hacer? El problema era terrible, y le amargaba más y más el temor de un desenlace funesto en la enfermedad de Antonia. Y todos los días la tentación se le aparecía al pobre padre en forma de dinero que abrasaba sus manos, en aquellas crecidas cantidades que tenía que contar y anotar en el libro correspondiente, y la menor de las cuales le hubiera salvado.

Al fin cayó. No pudo defenderse. Cualquier hombre honrado hubiera hecho lo mismo, ó quizá hubiese hecho más, porque Rodríguez se llevó solamente 100 duros, lo que necesitaba, merced a cuya suma la niña salió adelante, y el padre sintió un gran alivio... Pero era preciso devolverlo enseguida; no corría prisa hasta el balance, y sin embargo, Rodríguez pensaba en que lo iban a notar todos los días, como pensó en la cárcel cuando cometió el robo.

Aunque logró salvar a la niña, estaba tan avergonzado del crimen cometido, que no dijo nada a nadie, ni siquiera a su mujer. Pensaba ir reponiendo la suma robada poco a poco, quitándose de sus reducidísimos gastos particulares. De los dos cafés diarios suprimió uno; suprimió, igualmente, el cigarro de quince céntimos que servía de epílogo a sus comidas, y fumó pitillos de a real, que le irritaban la garganta.

Era bien insignificante la economía, y solamente con un exceso de buen deseo pudo creer salvarse del apu-

ro; pero al llegar el balance vió con espanto que le faltaban 60 duros.

Necesitaba buscarlos; el trance era tan supremo que apeló al último recurso: la amistad. Pero no pensó mal al pensar que los amigos son inútiles casi siempre. Unos se los negaron con excusas, otros francamente; y cuando, en última instancia, acudió a su jefe inmediato confesando su falta y solicitando un arreglo, el jefe le excitó a que, sin pérdida de tiempo, repusiera la cantidad en cuestión, hablándole de los tribunales, el presidio, etc., etc.

Entonces fué cuando el pobre Rodríguez salió una noche de su casa para no volver... Con la conciencia tranquila *a pesar de todo*, llorando al pensar en el porvenir de sus hijas, escribió en un café sus cartas de despedida y se disparó un tiro en la sien.

Pues bien; cuando se supo que Rodríguez se había matado por no tener 300 pesetas, los mismos que se las negaron comentaban en público la noticia, diciendo:

—¡Yo le quería mucho! Pero hay hombres demasiado orgullosos, incapaces de pedir favores, y Rodríguez era uno de esos... ¡Si me hubiera pedido a mí esos 60 duros yo se los habría prestado con mucho gusto!

¡Mentira!

ANTONIO PALOMERO.

LANZADAS

—Mucho cuidado, señor, con alzar la voz, que pueden oírnos. Y ya sabe vuesa merced que vivimos, como aquel que dice, sobre un volcán.

—Pues ¿qué ocurre, Sancho?

—¡Ahí es nada! Los gremios de Barcelona negándose a pagar la contribución; Silvela a punto de ser secuestrado en Cestona; las garantías constitucionales suspendidas en Vizcaya; Romero declarándose partidario de las reinas electivas; Villaverde trabaja que trabaja en los presupuestos; Polavieja asomándose a todos los cañones de Trubia; Lucas Gómez siempre con los horrores de la digestión; Durán y Bas perpetrando un discurso para la apertura de los Tribunales; Dato, en su laboratorio de Gobernación, analizando el bacillus del carlismo, y el marqués de Pidal estudiando, allá en San Sebastián, el primer año de Latín. ¿Le parece buena a vuesa merced tal situación?

—Excelente; pero, ante todo, dime, Sancho, ¿cómo sigue Reverte? ¿Crees tú que le cortarán la pierna?

—No querrá Dios que nos ocurra semejante desgracia. Reverte está mejor, y, afortunadamente, no corren, por ahora, peligro sus preciosas extremidades.

—Respiro; porque eso sólo nos faltaba, que el eximio torero quedara inútil para continuar ejerciendo su gloriosa profesión.

—Pero, ya ve, señor, cómo se va enredando la madeja política. Si ya lo decía el difunto Don Antonio: «ese hombre es más tonto de lo que parece.»

—Entre bobos anda el juego, Sancho, y en tierra de ciegos, como dirías tú, Polavieja es el rey.

—Conste, señor, que al hablar de tontos, no me refería precisamente a Polavieja, sino a nuestro eximio Silvela.

—Allá se van los dos en eso de la escasez de inteligencia, amigo Sancho. ¡Te digo que en buenas manos está el panderol! De esta hecha nos regeneramos para siempre.

—Baje la voz, mi ilustre señor Don Quijote, que no sabemos entre qué gente vivimos, y quién sabe si mañana aparecerá en la *Gaceta* otro decreto suspendiendo las garantías en toda la Península. Hace bastante miedo, y ya sabe vuesa merced que las aguas de Cestona dan mucha fuerza, y que Silvela se ha declarado a sí mismo implacable.

—Pero ¿qué sucede, Sancho, para todas esas alarmas y precauciones?

—¡Chist! No alce vuesa merced la voz. Vivimos sobre un volcán. Los hilos misteriosos de Gobernación funcionan como en la época famosa de Moret. Le digo, señor, que va a haber palos. Callar es lo prudente. Y lo que fuere sonará.

LIBROS

El inteligentísimo editor de la Habana D. José López Rodríguez ha publicado un libro de verdadera utilidad: *El inglés sin maestro en veinte lecciones*, escrito por una Sociedad de profesores americanos.

La lengua inglesa—según el Sr. Villaverde—nos es tan necesaria como la francesa.

Esta obra, cuya adquisición recomendamos a nuestros lectores, se halla de venta en la librería de San Martín, Puerta del Sol, 6, al precio de tres pesetas.

BIBLIOTECA DE DON QUIJOTE

EN PRENSA.

EL PADRE MONTANA

POR

GIL BLAS DE SANTALLANA

Precio: 20 céntimos.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo. Apodaca 18.